

EL MUNDO A TRAVÉS DE UNA PANTALLA

Miquel Barceló

En enero, la Sociedad Catalana de Tecnología convocó una interesantísima *Jornada sobre Tecnoética* en la sede del Instituto de Estudios Catalanes de la que es filial. Junto a mi intervención en torno a la ética en la sociedad de la información, se discutió también sobre los problemas de la industria química, la protección radiológica y, como colofón, sobre la compleja relación entre tecnología, ética y humanismo. Ponente de este último tema, el filósofo Josep María Esquirol, director del Instituto de Tecnoética que la Fundación Epson mantiene en Barcelona, introdujo en el debate posterior una idea que me gustaría glosar aquí.

Suelo tener el defecto de que me gusten, tal vez en demasía, las ideas-fuerza, sencillas y potentes, que encuentro de lo más adecuado para una primera síntesis con la que iniciar la reflexión imprescindible en una actividad esencialmente docente como la mía. En un determinado momento del debate, Esquirol expuso su intuición de que lo que caracteriza nuestra sociedad actual podría ser la "pantallización" de gran parte de nuestras actividades. En espera de que el propio Esquirol, con su profesionalidad de filósofo, avance en el desarrollo y la matización de una idea que en aquella jornada sólo esbozó muy superficialmente, me atreveré a aportar mi pequeño y particular granito de arena a esa esperada reflexión.

Es evidente que las pantallas forman ya parte de nuestro entorno cotidiano y son algo del todo imprescindible en la tecnificada sociedad de final de siglo. La edad me permite recordar todavía cuando, a principios de los años setenta, en mi casa (y supongo que en muchas otras) no había televisor o, cuando, en la primera mitad de los años setenta, las pantallas conectadas a ordenadores eran todavía algo más bien exótico y poco habitual al margen de ciertas aplicaciones concretas: la novedad de esa pionera aplicación de reserva de plazas de vuelo en aviones, o los entonces todavía incipientes sistemas llamados de "teleproceso" que surgieron, creo recordar, en el ámbito de la informática bancaria.

Recuerdo ahora una anécdota que oí exponer recientemente a Joaquim Triadú, alto cargo de la Generalitat catalana. Una anécdota de las que suele decirse eso tan socorrido de: "*si non e vero, e ben trovato*". Contaba Triadú como en su casa conviven tres generaciones, y como su propio padre sigue con su hábito tradicional de escribir a máquina. Por eso, la idea de la "pantallización" de que habla Esquirol le llegó a él de la forma más directa posible cuando, un día, al llegar a casa, se encontró con su hija de seis años que, muy excitada, le decía sorprendida: "*¡Papá, papá, el abuelo está escribiendo con un ordenador sin pantalla!*".

La idea de que los ordenadores "tienen pantalla" posiblemente sólo sea aplicable de forma genérica a los últimos veinte años de los ya más de cincuenta con que cuenta la historia de la informática basada en la electrónica. Pero lo cierto es que, al margen de su evidente existencia anterior en el ámbito de la investigación tecnológica, la verdad es que, tal como intuye Esquirol, el gran público ha asistido en las últimas décadas a una creciente "pantallización" de su contacto con la realidad. Evidentemente el cine y la televisión son el ejemplo paradigmático

al que se ha unido, más recientemente, el hoy un tanto invasivo mundo de la informática o, por decirlo en términos más modernos, las tecnologías de la información y la comunicación (TIC).

Por una pantalla nos enteramos hoy de las noticias, aprendemos con documentales, y nos emocionamos con las aventuras y desventuras de los más diversos héroes de ficción. Vimos en 1969 la llegada del hombre a la Luna en tiempo real, de la misma forma como hoy, a través de una pantalla, asistimos a diversos eventos de ámbito mundial desde nuestra propia casa, cómodamente sentados en nuestro sillón favorito. Para satisfactorio colmo de ese fenómeno ya inevitable, en una pantalla se suele recoger nuestra primera imagen en las ecografías que los países desarrollados han convertido ya en algo habitual para el control del embarazo. Nacemos al mundo civil y al contacto con nuestros semejantes de la mano de una pantalla.

La pantalla suele presidir también nuestra sala de estar y su contemplación, un tanto estática eso sí, es ya un hábito social prácticamente inevitable en nuestros días. Todos dedicamos horas y horas a esa actividad de ser testigos, a veces incluso mudos, de una pantalla que, como el ojo del Gran Hermano orwelliano parece perseguirnos por todas partes. También es la pantalla la que vehicula hoy nuestro más reciente acceso a un inagotable mundo de informaciones y contactos personales a través de Internet con el uso de la Web o el correo electrónico.

Una característica de nuestro mundo actual es que, con pantallas informáticas o con la omnipresente televisión y el un tanto en declive cinematógrafo, la vida se nos presenta hoy demasiado a menudo a través de una pantalla. Me temo que no todo han de ser ventajas en esto, aunque de ello hablaremos el mes próximo.